

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 84

Informe a don Vicente Garro sobre cuáles son los motivos de la insurrección y se aconsejan las providencias que deben dictarse para sofocarla

Por aquella regla general de que todo buen ciudadano debe con su ejemplo y persuasiones excitar a la buena causa, y contemplándome uno de tantos, no he omitido hasta aquí el ejecutarlo así en todo cuanto me ha parecido conducente.

La opinión pública, tiene un poderoso influjo, tanto para el bien, como para el mal. Los buenos en todas partes son los menos, y éstos no obstante si se unen, arrastran tras sí a un partido numeroso, de modo que es casi infalible el triunfo pero es menester que en la presente época distingamos de circunstancias. Se ha tomado un falso pretexto que halaga y atrae, y con decir y probar como es muy fácil que es falso pretexto, debe esperarse una mudanza muy favorable.

El jefe y partidarios de la nunca vista horrorosa sublevación que vemos en el día, para hacerse de poder, ha inventado que los europeos de este reino, trataban de entregarlo al tirano de todo el mundo Napoleón. Esto lo ha propuesto y predicado a los indios y a la gente más soez e ignorante de los pueblos; y como al mismo tiempo, para hacerse de partido, les ha aconsejado que roben a aquellos y los aprehendan, cuyo sistema se adoptó y se ejecutó en su origen del pueblo de los Dolores y demás donde han entrado, he aquí el estado más deplorable e infeliz en que se ve la mayor parte de los hombres de bien; de los hombres que sin exageración, se puede decir son los primeros padres de la patria, tomada esta voz en su riguroso sentido, y aplicada a la pura verdad y hechos positivos sin que se pueda dudar a no ser entre gentes preocupadas enteramente, sin principios de razón u obstinadas al mal.

Quien no ha visto en todas las historias desde el primer siglo del mundo, los horribles estragos que han causado las revoluciones hasta el grado de arruinarse reinos enteros, no es capaz de discernir el cúmulo de desgracias que lloverán sobre el que pisamos si muy precipitadamente no se ataja la que ha principiado. Ella es obra de Napoleón la misma que ha usado en Francia y en toda la Italia, para esclavizar este reino como lo ha hecho en aquellos. Los franceses eran puros franceses, y los italianos puros italianos; pero unos y otros no obstante se han matado entre sí, y cansados de ver correr sangre, han venido a elegir por descanso la misma esclavitud en que se halla. Casi ha sucedido lo propio entre los mismos españoles pues ha logrado a pesar de los unánimes sentimientos primitivos contra el tirano verlos ya desunidos y peleando hermanos contra hermanos y padres contra hijos como lo sabemos todos, con la sola diferencia de que los unos lo hacen por la buena causa, y los otros por la mala. Pues si esto ha sucedido en países ilustrados entre paisanos de un propio mismo color, una misma ley, una casi religión, y unos propios intereses ¿qué podemos esperar en este reino en donde hay españoles europeos, y españoles americanos aunque enlazados tan estrechamente con unos vínculos indisolubles de sangre, y llenos de relaciones recíprocas? ¿en dónde hay indios, mulatos, lobos, negros, y otras castas opuestos entre sí? ¿No sabemos todos (prescindiendo de los inescrutables designios de Dios) que la causa porque se conquistó este reino con tanta facilidad por un puñado de hombres, fue las continuas guerras sangrientas que sostenían entre sí los puros indios de unas provincias contra otras? ¿Será posible que los hombres de ahora con todas las diferencias que hay, y van explicadas, respecto de los demás reinos puedan persuadirse a que aún cuando se realizase la independencia de éste, que es la voz favorita que corre entre algunos, serían felices? Pues el que así lo crea se engaña, y cuando sea tiempo de que lo conozca, ya no tendrá remedio. No hablemos por ahora de las obligaciones que todos

tenemos de ser fieles a nuestro legítimo soberano, ni hablemos de nuestras suaves leyes, ni de nuestra santa religión que profesamos y peligrá mucho; contraigámonos solamente al puro interés de conservar la vida de gozar una libertad sencilla (que no puede ser separándonos de aquellos principios) de una fortuna brillante o media o una quietud lisonjera gobernados por hijos del país, escogidos de los mejores, aunque es regular que no piense así, y que prevalezcan los malos que son los que han turbado la paz; aún en este caso, los incidentes y diversas miras, lo han de trastornar todo; ha de ser una continua confusión, y se han de despedazar unos a otros; y sea la cosa así como debe esperarse inevitablemente, o sea pintando una paz octaviana, de todos modos ha de caer el reino en las manos de Napoleón.

Así lo sienten, y así lo gritan los americanos ilustrados maldiciendo el día y el momento en que dio principio esta revolución; pero aquí es donde voy a llamar la atención de los efectos que causa la opinión pública, de que me encargué al principio. Yo hablando con santa libertad con muchos sujetos americanos de los que trato francamente me ha producido en estos términos. Lo que ha sucedido y sabemos puntualmente es una de aquellas maldades de que no hay ejemplo en la historia; es un borrón eterno para todo este reino y sus hijos, si ellos mismos sin ayuda de los europeos no castigan a los autores, y repelen a los bandidos que los siguen, a que huyendo talan los pueblos y los campos. Para esforzar la justicia y la necesidad que hay de que lo hagan así les he puesto este ejemplo. Si alguna parte de los europeos que hay en este reino, hubiesen atentado contra hijos de él, robándolos y aprisionándolos, como ha sucedido en nuestro caso presente; y los demás europeos buenos viesan esto a sangre fría, y estuviesen indiferentes con las manos atadas, que no gritasen públicamente la maldad, y diesen activas providencias para aprehenderlos, y castigarlos con toda la severidad de las leyes; ¿no dirían los americanos y con mucha

justicia todos son unos; ésta es una conspiración general; los unos obran a las claras, y los otros tapan y ayudan secretamente? Pues permíteme que por lo crítico de las circunstancias, diga lo mismo respecto de los americanos, si bien que con protesta de no ofender, y haciendo la justicia que se merecen a los muchos que hay recomendables por su virtud, talentos y etcétera, y que nos consta a todos que están por la buena causa, y que ayudan a ella muy visiblemente, unos con sus personas y otros con sus caudales.

Esta misma verdad en orden a los muchos buenos, patentizada de mil modos, me ha inspirado varias veces, cuán útil sería que se formase una junta compuesta de todas las clases, y a la cual concurriesen solos americanos elegidos por las personas de más representación y probidad de entre los mismos. Este deseo ha tenido por objeto principal, el que discuten y analicen entre sí sobre la importancia de que no tome más cuerpo el mal terrible que amenaza, y de que ya se han experimentando estragos irreparables; para que los sabios instruyan a los que siendo acaso muy buenos, por falta de verdaderos conocimientos, se entregan a la indiferencia, o pasan a producir expresiones ofensivas recibidas por malos conductos, y que corren de mano en mano, hasta entusiasmar al pueblo bajo, que por su ignorancia invencible, se pone en estado de creer que hará un gran bien en matar, y robar; expresiones que se han oído con la amargura que es consiguiente; y en fin para que si prepondera, como es de esperarse, el partido de los ilustrados, y buenos, persuadan y exhorten incesantemente hasta atraerse la opinión de todos hacia la justa y santa causa, y que se propague de modo que ni el más estúpido del pueblo bajo peca de ignorancia; haciendo entender a todos la falsedad del pretexto que se ha tomado por causa para ofender tan grosera y descaradamente, bajo el nombre de gachupines, olvidando el derecho de gentes, y aún los sentimientos que inspira la misma naturaleza; no digo ya a los hotentotes, a los mecos, a los más bárbaros del mundo, sino a los mismos brutos irracionales que

cuando se ve alguno perseguido de sus enemigos las fieras del campo, se juntan todos a defenderle, aunque el solo instinto les haga entender que se dirigen contra una parte indefensa por pequeña, o enferma.

Las pláticas de los buenos eclesiásticos han disminuido el furor que se notaba a los principios entre la plebe, dispuesta por su ignorancia al saqueo general. Conviene pues que continúen todos los días, y que expliquen al pueblo clara y sencillamente, en qué consisten los males; la calidad de los sublevados; la falsedad de los motivos que se han desparramado para cohonestar las maldades que se cometen, y los funestos resultados que experimentará este reino con la devoración general y pérdida de la santa religión, si no se atajan.

Todos los días deben fijarse proclamas en los parajes más públicos de la ciudad, dando razón de las ocurrencias verdaderas en orden a la persecución de los enemigos; explicando cómo se portan éstos; qué clase de gente es, y pintándolos unos verdaderos ladrones, tales como son, fugitivos y desesperados de la mala causa de los primeros rebeldes.

Deben ser cortas, y hechas por hombres instruidos, y que tengan noticias verdaderas de los sucesos; y deben ponerse en estilo muy sencillo, y claro, con frases que entiendan hasta los más ignorantes, por no tropezar en el regular inconveniente, de que entiendan las cosas al revés; y tengo por muy conveniente que las subscriban aquellos sujetos, hijos del país, conocidos por sus empleos, y oficios, y por su virtud y patriotismo, de que hay un número crecido.

Tengo entendido que hay en la cárcel, muy cerca de seiscientos reos, entre ellos muchos de delitos graves. Esta gente es muy peligrosa, y por lo mismo deben redoblarse las precauciones, y que la tropa que custodia la cárcel, sea de la más escogida, y siempre acompañada de un oficial o sargento de la mayor probidad; este es un punto muy

importante.

Se tienen varias noticias de la cobardía o casi diferencia que ha habido en algunos pueblos, admitiendo contestaciones con cualquiera pícaro que con recados ciertos, o fingidos de los cabecillas de la revolución, o haciéndose ellos mismas parte legítima, han hecho intimaciones que han obedecido, o quedado perplejos, como dimanadas de orden superior, pues así se explican.

Estos tales son dignos de un severo castigo, y de contado conviene librar orden por el superior gobierno las más conminatorias, contra los justicias y vecinos, que obren de esta manera, y que salgan al instante, conducidas por conductos seguros que traigan la respuesta.

A mí se me ha escrito de oficio por el administrador de Nochistlán, insertando otro que le pasó el teniente del pueblo de Teocaltichi, en el que le dice, que por haberse expatriado don José Antonio Álvarez, fiel de la renta en aquel pueblo, había decretado que se reconocieren las existencias, y que se lo avisara para su gobierno, con prevención de que el sujeto a quien encargase el manejo, fuese criollo. Es de advertir que es falsa la expatriación de Álvarez, porque éste es capitán del regimiento de la Nueva Galicia, y tenía orden de incorporarse con su comandante, de que me dio aviso con tiempo por sí, y por conducto de su respectivo administrador, y es muy regular que se halle en donde está el comandante, pero todo esto importa poco, y de ningún modo al justicia para meterse en lo que no le toca, y mucho menos en la escandalosa prevención de que sea el encargado del país. Mi contestación al administrador se redujo a advertirle que si se le habían olvidado las reiteradas prevenciones hechas por la superioridad, que prohíben el que los justicias se entrometan en nada de lo económico, y gubernativo de la venta, y por lo mismo que extrañaba el que no hubiese reclamado con energía semejante providencia, y especialmente

por la condición tan escandalosa; concluyendo con decirle que por ahora esto solo le contestaba.

En conclusión: entiendo que después de hechas todas las diligencias que van indicadas, o más bien todo a un tiempo sin pérdida de momento, lo más importante de todo será el que la tropa y toda la fuerza que ha salido, y salga de esta ciudad, avance en busca de los enemigos a donde sepa se hallan, y que los persiga a cualquiera parte que se dirijan, pues de este modo no debemos dudar que huyan, y se dispersen, dejando francas las comunicaciones, que es uno de los grandes males que padecemos, y de cuyas resultas no tenemos conductos seguros, y fidedignos para saber si hay enemigos, en qué número, a dónde tienen la fuerza principal, y con qué organización. Así lo desean todos los buenos ciudadanos, porque de no hacerse, avanza más los males en todos los pueblos, vivimos a merced de los pícaros, entrantes y salientes; en cuanto a las verdaderas noticias de la situación y número de los enemigos, que es preciso se nos pinte abultado, bajo de semejante sistema; y lo que no debe dudarse es que a más de lo dicho, en la inacción se multiplican los enormes gastos que se están haciendo, y resiente mucho el estado en general con la separación larga de sus casas, de tanto agricultor, y artesano, que acaso podrán desembarazarse con tanta más velocidad, cuanta sea la de la persecución de los enemigos; y sabedores todos de esta resolución, bastará para imponer el respeto debido, acordando la fuerza que debe quedar en la capital para el sosiego correspondiente.

Si las observaciones hechas en este papel con mis cortas luces, o alguna de ellas merecieren el concepto de la Junta Superior de Gobierno Seguridad, y Defensa, de cuya orden y como secretario de ella se sirve vuestra merced en oficio de 10 del corriente excitar mi celo y patriotismo para que haga las que me parezcan; tendré la mayor complacencia en que los resultados sean felices.

Dios guarde a vuestra merced muchos años Guadalajara 12 de octubre de 1810.—

Una rúbrica.— Señor don Vicente Garro.

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602